

MES DEL SANTISIMO ROSARIO
.....
propio tambien para MES DE MARIA
.....

Ejemplar: Un dólar.

Los PP. Jesuitas de "Revista Católica" (El Paso) al autor:

"Para consuelo de V. R., le adjuntamos una carta que hemos recibido de uno de los primeros lectores de su libro. Ciertamente es para un escritor una santa y justa satisfacción ver que no en vano han sido y serán todos sus trabajos. ¡Que el Sagrado Corazón siga bendiciendo todos sus trabajos!"

Extracto de la carta de referencia, que suscribe un Religioso benedictino:

"Esta importante obra no sólo sirve para el mes de Octubre y el mes de María; sirve para cada día. Entre todos los libros espirituales que he conocido en mi vida, es el que más me ha gustado, y a mi parecer, va a hacer mucho bien: ninguno debería carecer de él, sea justo o pecador..... Esta obra enciende en los corazones el amor a Jesús y María, hace fácil el desprendimiento de todo lo criado, llena el alma de santos deseos de la vida eterna; por último, es el compendio de todos los bienes espirituales."

.....
De Venta en la Librería de la Revista Católica
.....

+

7

REGIS PLANCHET

El Coloniaje
y sus Detractores



BIBLIOTECA
DE
EL DIARIO DE EL PASO
EL PASO, TEXAS, E. U. A.
1927

EN PREPARACION:

POR LA REGENERACION
SOCIAL

Un conjunto de artículos de alto interés
en los actuales momentos, escritos

por

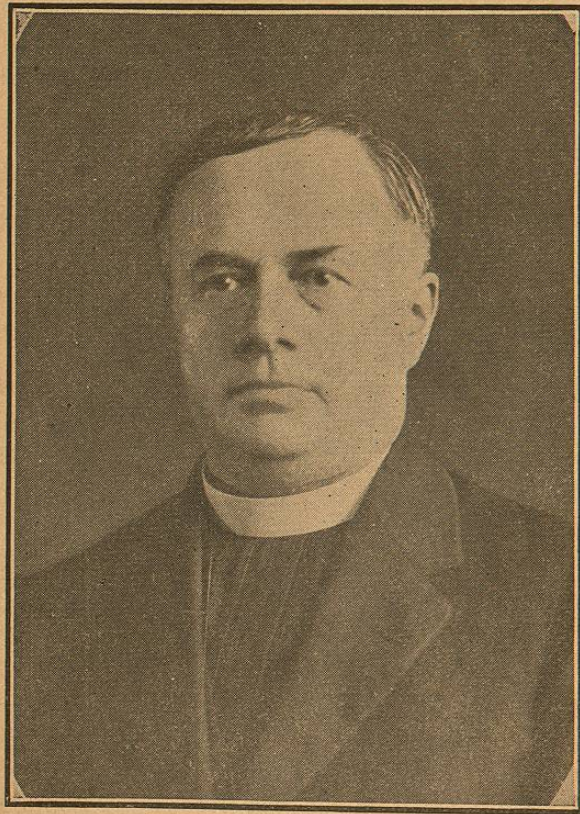
J. LIM JARAMILLO

La cuestión social. Sus causas,
sus remedios. Su aspecto en
el momento presente.

Una obra que dejará a usted satisfecho.

PRONTO ANUNCIAREMOS
SU PUBLICACION.

EL COLONIAJE Y SUS DETRACTORES



REV. REGIS PLANCHET

REGIS PLANCHET

El Coloniaje
y sus Detractores



BIBLIOTECA
DE
EL DIARIO DE EL PASO
EL PASO, TEXAS, E. U. A.
1927

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

I.—EL DERECHO DE CONQUISTA JUSTIFICADO.—CALUMNIAS EN CONTRA DEL COLONIAJE REBATIDAS EN ESPECIAL POR ICAZBALCETA.—¿QUIEN FUE EL?

Siendo como es el partido liberal y su engendro, el socialismo, un levantamiento de las feroces concupiscencias que hierven en el fondo de la animalidad humana, en contra de la Revelación divina y su moral austera, era lógico que por tal de hacerse de cómplices entre gente ignara, fácil de embaucar, demostraran a los abnegados misioneros que realizaron, con ayuda de la católica España, la conquista espiritual del Anáhuac.

“La guerra es poderoso instrumento de civilización” (Kurth) y siempre justa cuando se hace para vengar agravios contra la civilización y el derecho natural, en pueblos que practican sacrificios humanos y hasta el canibalismo, así como es justo invadir el ajeno domicilio donde se está oprimiendo a una doncella, o martirizando a inocentes niños, y, por medio de la fuerza, subyugar al causante de esos desmanes. “La única razón natural que apoya a esta tesis, enseña Suárez, es la de que se trata de la justa defensa del inocente.” (Tract. de Charitate. Disput. de Bello).

A pesar de sus exageraciones, Las Casas, gran amigo de los indios, sostenía que todo pueblo que vive fuera de la ley natural podía ser objeto de conquista, siguiendo en esto a la doctrina católica enseñada por Sto. Tomás, por España incluida en su paternal legislación de las Leyes de Indias, y plenamente aprobada en estos conceptos de un escritor protestante y sañudo anticatólico, el americano Prescott: “Las degradantes costumbres de los aztecas son la mejor apología de la Conquista.” (Historia de la Conquista).

No obstante las vociferaciones estruendas de inconsultos escritores contra la conquista de México, por ellos afeada de usurpación “del albedrío, de la riqueza, de la libertad de los conquistados,” así Alberto Carreño (Elg. 1921. p. 544), no faltan historiadores librepensadores y positivistas que por motivos que la Iglesia considera inmorales, permiten ocupar toda región que no se encuentre de un modo efectivo bajo el dominio o protectorado de uno de los Estados que forman la comunidad del derecho de gentes. (Congreso de Berlín. 1885)

Más inmoral, sin comparación, es la teoría que bajo ese respecto profesan en los planteles oficiales, intelectuales de pacotilla, rencorosos enemigos de España, a la que, sin advertirlo, absuelven cuando fundan el derecho de conquista sólo en el derecho selvático de la fuerza bruta.

¿No en pleno Congreso proclamó la fina alhaja de Bulnes, que él era partidario del darwinismo, en cuya virtud el organismo más débil debe perecer ante el más fuerte?

¿No sancionó un ministro de Comonfort, Ezequiel Montes, el derecho del más fuerte, el derecho de conquista? (Vig. p. 135).

¿No enseña en sus escuelas el gobierno liberal, que el "único derecho que realmente merece el nombre de natural es el derecho del más fuerte, y que todo derecho no es más que la sanción de una desigualdad?" (Alb.)

Juárez, recogido, alimentado y educado gratuitamente por el clero, no podía dejar de denigrar a sus bienhechores, cabalmente, porque en su ingrato corazón, dicho por un liberal, "sólo había pequeñez." (Marq.)

Con el fin de hallar siquiera un pretexto para despojar a la Iglesia de aquellos bienes que a él le quitaban el sueño, a vueltas de haberle matado el hambre, la representó con los colores más negros, acusándola de haber "embrutecido y degradado a los indígenas, y hecho pesar sobre ellos 60 lustros de ignominiosa servidumbre." (Misc. p. 2-8) (1)

Por increíble que parezca que tal cúmulo de sandeces haya cabido en el cerebro de hombre sano, es lo cierto que, burla burlando, así piensa la mayoría de los intelectuales del liberalismo, y así disparató un tal Miguel Galindo en un libraco farragoso y soporífero (Gal. 1. 10), ramplona repetición de todas las vulgaridades callejeras contra el clero, modelo de gran insulsez y machaquez, que arguye por sí solo, no ya la vana ligereza del autor, sino el nivel espantosamente bajo a que han descendido los estudios históricos en México. Véase con qué petulancia se encara el pedante con la gente versada en Historia, y con qué desfachatez llama a juicio a los virreyes de Nueva España, que enemigos de ellos, pero cultos, Rabasa y José Ma. Tornel, llaman respectivamente: "piadosos con los indios," (Bas. p. 81) y "excelentes administradores." (Torn. p. 9) Dice aquel rústico: "Para nadie que se precie de sensato y conozca nuestra Historia, deberá ser un misterio el estado de abyección y servilismo en que se vió sumida la nación mexicana durante los 300 años que pesó sobre ella la funesta dominación española. Los horrores de la conquista, fruto de la barbarie de una época de triste recordación, acabaron

(1) Aquí el estilo del "Ciudadano Juan Sánchez", perpetrador del folleto **Honor a Juárez**, y colegislador en el cabildo de guajolotes que empujó la execrable Constitución de Querétaro, corre parejas con la grandeza del indio cuatro orejas de S. Pablo Guelatao. A fuer de individuo de número de la recua liberal, cuando iba a dejar de disparar coques al "gobierno español cuyos afanes, dice aquel mequetrefe, eran nulos para la ilustración de los conquistados", y "al método inquisitorio del clero", enemigo acérrimo de la ciencia, del progreso, de la libertad! Nadie hay tan fatuo y presumido como aquellos "hijos de la guayaba", ignorantes patarateros de las escuelas oficiales. Recorra el lector, siquiera por penitencia, esta retahíla de disparates espigados en el mamarracho chabacano hasta los tuétanos y más allá del deturpador del clero y de España: **Posée, Ageno, Caracter. Rejido. Obreros del trabajo**, como si los hubiese de la holgazanería. **Sumerjir, Absorvido, Valuarte, Diferente a**, siendo que "los adjetivos que denotan diversidad se construyen con la preposición de". (Peñ. n. 1119). Lo que reagrava aquellos pecados, es que su autor no es un lego cualquiera, sino todo un flamante secretario del Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, **valuarte** del liberalismo, y por añadidura, profesor cogolludo, no de instrucción primaria, que mucho más allá, sino de instrucción superior en dicho degolladero literario. Apíadese el cielo de los infelices discípulos de nuestro maestro Ciruela, y a éste se digne **sumerjirlo** con su gracia poderosa en el estudio de la Gramática, en la que le valdría mucho más estuviera el "ciudadano Juan Sánchez" siempre **absorvido**, en vez de enfrascarse en libros de caballería y disparatar de lo lindo acerca de cosas que no caben en el calabacín vacío de sesos que lleva encima de sus hombros a guisa de cabeza.

cuanto existía en México en materia de hábitos, costumbres, riquezas, cultura y religión, quedando como único sobreviviente de tan horrible catástrofe, una raza degenerada, embrutecida por el despotismo, presa de la miseria y dispuesta a obedecer ciegamente los caprichos de su nuevo y arrogante dueño."

Da grima oír a esos farfulleros lacrimosos suspirando por las dulzuras de la "cultura azteca", sólo para denostar al gobierno virreinal, cuando sabe el más ignorante que los aztecas sacrificaban a sus ídolos víctimas humanas con cuya carne se alimentaban; que "el imperio de Moctezuma era poco menos que bárbaro; y el emperador, antropófago (Imp. I. 10), y "jefe de un conjunto de tribus confederadas para esclavizar, matar y robar impunemente las tribus vecinas". (Lum.)

Ya que esas especies calumniosas fueron exteriorizadas también por Juárez, quien sin duda las había leído en los bandos disparatados del pobre Cura Hidalgo, que "tomó las armas, dijo el vejete, para sacudir el yugo que por espacio de tres siglos tenía oprimida a la nación americana"; y ya que es la impiedad mexicana, terca y cínica, por más que le estampen en el rostro mil mentises, de una vez pondremos en claro, con auxilio de escritores fidedignos que gozan en esta materia de una autoridad reconocida y acatada por los sabios, que Juárez calumnió al gobierno y religiosos españoles, y que él mismo que tanto pudo haber hecho por la ilustración y bienestar de sus hermanos, los indígenas, los dejó sumidos en abyecta ignorancia, y los vejó siempre y tanto con servirse de ellos para carne de cañón, estorbarles la celebración de sus antiguas fiestas religiosas, y expoliarlos de sus tierras de comunidad, que provocó entre esas razas una sublevación tal como no la había habido desde la conquista española.

Como tiene que sonar con frecuencia el nombre de Joaquín García Icazbalceta en esos asuntos de conquista y civilización de Nueva España, intencionalmente adulterados por Juárez, Abraham Castellanos, Pérez Verdía, Porfirio Díaz, Justo Sierra, Joaquín Baranda, Federico Gamboa, y toda la caterva indómita de fabricantes de mitos históricos, de una vez díganos los del bando contrario quién fué aquel antiguo Director de la Academia Mexicana, para que se sepa la autoridad y honradez que adornan al prestigiado autor con cuyas frases hemos enriquecido el presente estudio.

A juicio de Antonio de la Peña, "es Icazbalceta crítico doctísimo"; (Dic.) para Luis Pérez Verdía, es "bibliógrafo incansable y juiciosísimo, que enriqueció la literatura nacional con verdaderas joyas que yacían en el polvo de los archivos, rectificando con sus publicaciones mil errores." (Verd. p. 541), según el Doctor Nicolás León, es Icazbalceta uno de aquellos escritores que "recogiendo lo bueno de los antiguos historiadores, corrigiendo los errores y desvaríos de los modernos, propagando ideas y criterio propio que han encarrilado en buena senda a la Historia mexicana, e imponiéndose como autoridad entre nacionales y extranjeros, logró fundar con sus escritos y enseñanzas una escuela histórico-mexicana genuinamente nacional". (Leo. p. 176). Para el ministro de Instrucción, Joaquín Baranda, "el mérito del Sr. Icazbalceta es reconocido y proclamado a quende y allende los mares por autoridades científicas y literarias. Se ha escrito y se escribirá mucho aún sobre esa personalidad que, como todas las de su linaje, se engrandece con el trascurso del tiempo... En vez de efímeros aplausos, sus obras, conocidas y estimadas más por extraños que por propios, merecen profunda meditación y estudio. Hombre de ciencia y conciencia, entre cuyas admirables dotes descuella inquebrantable rectitud, jamás falseó los hechos ni los comentó bajo la influencia de una filosofía convencional, y hasta las pasiones quedan subalternadas al firme propósito de no consignar sino aquello que pudiera ser comprobado después de severa

análisis; pues, nunca aventura afirmación que no tenga aparejado el documento justificativo de su autenticidad". (Bar. p. 177. 169. 166. 168).

II.—LA LLAMADA "CULTURA AZTECA" ¿EN QUE CONSISTIA? GOBIERNO DESPOTICO, RELIGION FEROS Y GENTES COMIENDOSE UNAS A OTRAS.

Historiador tan sin tasa encomiado por aquéllos mismos cuyos dilates históricos no se cansó en confutar, dice Icazbalceta estar "cansado de oír declamaciones vulgares, hijas unas veces de falta de estudio, otras del espíritu de raza y de partido. Es cosa común representar a los españoles como bestias feroces que devoraban a inocentes corderos, y al rey de España como un tirano insaciable, ocupado exclusivamente de mantener a la colonia en el embrutecimiento para que nunca conociesen sus derechos, y en sacarle el mayor producto posible".

La verdad descarnada es que "los indios eran opresores de otros indios. El antiguo régimen era completamente despótico. Una especie de aristocracia que oprimía y extorsionaba al pueblo, se postaba a su vez con abyecto ceremonial ante el ceñido monarca cuya voluntad no sujeta a traba alguna, era obedecida sin réplica". En señal de acatamiento, el pueblo, puesto de cuclillas ante él, se llevaba a la boca el dedo de en medio de la diestra lleno de tierra, en tanto que los sacerdotes y nobles no podían llegar a los aposentos del monarca, sin despojarse del calzado a la puerta, ni menos alzar la vista hacia él (Perry) sin pagar con la vida tamaño desacato.

En cambio, podían robarse los nobles casi todas las hijas de las mejores familias. Tenían desde 20 hasta 800 mujeres, (Herbert Spencer. *Los Antiguos Mexicanos*. México. 1896) al paso que los reyes de Michoacán exigían para sí, cuando el cuerpo se lo pedía, la mujer y las hijas de sus súbditos; (F. Pimentel. *Memorias*. p. 37) y los de Tenochtitlán obligaban a los pueblos que les eran sumisos a proveer las doncellas necesarias para que estuviesen siempre llenas las casas de alegría. (Elg. 1921. p. 586). "Y así, lo que a unos abundaba, a otros faltaba, habiendo muchos pobres que apenas hallaban con quién casarse". (Tor. p. 123. 239). "En esto había, además de vicio, granjería; porque solían los nobles tomar mujeres únicamente para hacerlas trabajar en labores propias de su sexo", (Icaz) y a veces en oficios muy abyectos, como era el exclusivo encargo que algunas tenían de presentar el orinal al señor.

A los vasallos no se les respetaba en su honor, ni en sus bienes, ni en sus creencias. Cuando vencidos, el enemigo les incendiaba sus teócalis (J. López Portillo. Elg. 1921. p. 586.)

"El derecho de conquista era el supremo, y la guerra había sido siempre el estado normal de la nación: guerra sin cuartel en que el prisionero, preservado cuidadosamente en el campo de batalla, iba a ser inmolado a sangre fría en la horrible piedra de los sacrificios donde perecían también a millares los esclavos" (Icaz.), las mujeres y aun los niños de edad de cinco hasta siete años. "El más enérgico de los misioneros, Fray Toribio de Motolinia", (Icaz.) que bautizó él sólo más de 400,000 indios, dice que unas "veces, cogían algunos esclavos y otros prisioneros de guerra, y, atados de pies y manos, echábanlos en un gran fuego, y no bien acabado de quemar, sacábanlos del fuego, no por piedad que de él habían, sino por darle

otro tormento o muerte que era sacrificarlos sacándoles el corazón... que a veces comían los sacerdotes... Otras veces desollaban a todos los prisioneros de guerra, y vestíanse los cueros, y la carne se reparaba por entre todos... Degollaban también mujeres, las desollaban enteramente... y unos indios vestíanse aquellos cueros, y vestidos lo más justo que podían, bailaban con aquella cruel y espantosa divisa", (Tor. p. 44. 64) que conservaban encima hasta que caía podrida, no siendo raro el bañarse los indios en sangre. (Elg. 1921. p. 583).

A lo dicho aquí por el Padre Motolinia agrégase el testimonio de un "autor capital de cosas de indios, cuyos escritos son una mina inagotable para los estudiosos", (Icaz.) el P. Bernardino de Sahagún, quien, "sacrificando su bienestar de Conde, ordenóse fraile y vino a compartir las amarguras de nuestros indios entre quienes vivió mendigo para enseñar a los mendigos a vivir como hombres". (Lic. Ramón Mena) "No se puede leer sin horror, sentencia Alamán, esos libros en que se especifican menudamente las festividades anuales de los indios, el número de las víctimas que habían de sacrificarse, su sexo, su edad, el tiempo que habían de tenerse engordando, el modo de su muerte y el guiso que había de hacerse con sus carnes. Una religión que consagraba tales sacrificios era ciertamente un obstáculo insuperable para todo adelanto verdadero en la civilización; pues, no puede haber sociedad entre gentes que se comen unas a otras". (Disert).

No por prescripción religiosa solamente, sino también por aquella falta de legumbres, árboles frutales y animales domésticos que hacía de los indígenas la gente más miserable, se explica la horrible costumbre entre ellos de comer carne humana, de la que se proveían en las carnicerías y mercados de esa clase de comestibles los que rehuían el peligroso trabajo de ir a coger indios. "Entre aquellos pueblos bárbaros, aunque aliados y amigos, dícenos un jacobino irredento, Fernando Ramírez, existía un infernal pacto de batirse unos contra otros, cada uno de los 18 meses del año azteca, y en determinado lugar, para proveer de víctimas las aras de los sacrificios", y de rechazo los mercados de carne humana. Esta, en Tenochtitlán era algo cara: costaba 40 mantas un esclavo comestible. En Atzacapotzalco, donde estaba uno de esos mercados, los esclavos que se comían, informa Sahagún, "eran llamados Tlaaltizín, que quiere decir "lavados", porque los lavaban y regalaban para que engordasen, y para que su carne fuese sabrosa, cuando los hubiesen de matar y comer".

El dueño del esclavo llevaba su víctima al templo o al matadero público, como se lleva ahora al rastro una res, y allí se lo mataban, y su dueño lo llevaba a su casa donde lo destazaban para comérselo. "A los niños comprados a sus madres, los juntaban en el primer mes, e ibanlos matando en todas las fiestas siguientes... Gran cantidad de ellos mataban cada año, y después de muertos, los cocían y comían". (Sahagún).

En todos los pueblos y caminos, encontraban los soldados de Cortés, escribe uno de ellos, cadáveres mutilados de piernas, brazos y otras partes carnosas que los indios se llevaban como vaca traída de la carnicería; la que se vendía por menudo, y se le secaba para más tarde comérsela hecha cecina. (Disert). Sabido aquéello, publicaba Cortés a Moctezuma que cuando lo convidara a comer, no le serviría carne humana.

¡Cuántos no serían por otra parte los sacrificios humanos que sin cesar reclamaban aquellos horribles y coléricos ídolos siempre sedientos de sangre!

Un español, compañero de Cortés, deseoso de averiguar el número de cabezas de los sacrificados, las que, ensartadas por las sienas,

circundaban el templo mayor de México, contó 130,000. (Disert). Ni es probable que exagerara. Orozco y Berra, liberal abocado, hace subir a 20,000 el número de los sacrificados en un solo día, bajo los auspicios de Ahuizotl; (Conq. p. 90) y Prescott no baja de 70,000 el número de los prisioneros que se sacrificaron en la dedicación del templo de Huichilobos.

Por Durán sabemos que en 1487 fueron sacrificadas 80,000 gentes cuya sangre, con la que se embadurnaban los indios, corría como un río y formaba cataratas en las gradas del templo, de tal manera que, por ser tanto el hedor de la sangre, no había en la ciudad quien lo sufriese. Y éso no era más que un rasgo de aquella "cultura azteca", cuya desaparición hace prorrumpir en pujos y llantos a la impiedad mexicana en su enemiga contra la Iglesia.

Para los desheredados de la fortuna, cruel era aquella religión, tanto aquí como en la otra vida. En ésta, asignaba a las almas un lugar conforme a la condición y a la profesión que tuvieron en el mundo, quedando cerradas al plebeyo y al pobre las puertas del paraíso, habida ninguna consideración a sus propios méritos. "Aquellos desdichados no podían consolarse ni con la esperanza de que sus padecimientos acabarían con la vida, y después alcanzarían la felicidad eterna". (Icaz.)

"Cuando presenciamos en nuestra suntuosa catedral, 'la más grande y más noble iglesia de América', (Lum) las graves e imponentes ceremonias del culto católico, escribe Icazbalceta, no es posible sofofocar el sentimiento de gratitud que brota del corazón al considerar que allí mismo donde se alzaban deformes ídolos, verdaderos demonios, siempre sedientos de sangre humana, con su feroz ministro greñudo, tiznado y cubierto con la ensangrentada piel del prisionero que acababa de inmolar, se adora ahora al Dios verdadero que no pide otro sacrificio que el incruento del altar. ¿Cómo no preferir los acentos de música acordada, al lúgubre tañido del teponaxtli, precursor de la matanza? ¿Era posible que alguien recordara entonces sin horror aquellos festines de antropófagos, digno remate de abominables crímenes, cuando la nueva religión venía a ofrecerle la participación del Sagrado Pan Eucarístico en el sacrificio incruento del altar?"

Lo que antes parecía imposible lo realizó la atea escuela oficial. Un titulado profesor normalista, inspector técnico de escuelas primarias y perpetrador de escritos blasfemos, el campanudo, como cebrebro hueco, Julio Hernández, soltó a sus discípulos la inepecia de que "la religión de los aztecas era muy parecida a la que hoy podríamos llamar la idolatría cristiana". (Te. p. 287).

Más estólido es un licenciado, lo será de San Hipólito, que no parecida, sino superior al cristianismo, declara a la idolatría azteca en un estentóreo rebuzno: perdonen los pollinos al hacerles el feo de parearlos con el sectario de Genaro García que se suelta así: "¡Cuán errónea y cruelmente se condujeron los misioneros al llevar a cabo la cristianización en los pueblos indígenas de la Nueva España!" (Domi) que "gozaban, dice otro zopenco, de una esplendorosa civilización"; (Car. p. 9) la que, narra el docto Lummis y sabios historiadores, consistía en robar, esclavizar, comer carne humana, "degollar anualmente 100,000 víctimas humanas"; (Vas. I) "educar para el vicio las mujeres de ciertas congregaciones"; (Orozco y Berra) y embriagarse al extremo de que, cuando no podían los indios, aguzando la vista, echar puntería a las estrellas, echábanla en dirección opuesta: "se embudaban por el sieso con unos cañutos, y se henchían los vientres de vino". (Bernal Díaz del Castillo).

Más que coraje, desprecio y asco provocan esas bellaquerías de gentuza ignara y maleante, que no merecen la honra de que se las rebatan.

Pecho se necesita bien mezquino
Para sentir injurias de pollino.

III.—LA LEGISLACION DE HIERRO QUE PESABA SOBRE LOS INDIGENAS, CAUSA DE LA ALIANZA DE ESTOS CON EL CONQUISTADOR HERNAN CORTES.

"Los señores altos o bajos, los guerreros, los sacerdotes vivían todos a costa del pobre pueblo, agobiado de tributos, privado de toda instrucción y sometido a una legislación de hierro. Una religión feroz tendía sobre todos negro velo y exigía de continuo torrentes de sangre humana. Unánimes están los contemporáneos en ponderar la pobreza, abyección y embrutecimiento del pueblo sumido en la ignorancia, sin cuidado por el presente, sin aspiraciones ni esperanzas". (Icaz.)

"El culto era verdaderamente horrendo; pedía sangre continuamente derramada. Disgústase el ánimo a la consideración de aquellas crueles penitencias en que el endurecido creyente ofrece impasible el rojo licor de sus venas, o sufre las más punzantes torturas; pero la razón se subleva y horroriza a la vista de la víctima humana, no sólo inmolada al golpe del cuchillo, sino ofrecida en otras formas exquisitas aplicando un refinamiento de crueldad". (Orozco y Berra).

Los castigos que se aplicaban a los plebeyos consistían en zajarles todo el cuerpo con navajas de obsidiana, incrustarles espinas de maguey, quemarles la cabeza con tea de ocote, matarlos a palos. Todo aquéllo por un quitame aquellas pajas.

A orden del señor, debían trabajar sin remuneración alguna en las labores de campo o religiosas que a éste se le viniese en gana. (J. López Portillo. Elg. 1921. p. 581).

"El rey, los sacerdotes, los nobles, los soldados, las clases privilegiadas vivían en la abundancia; pero los demás, atados al suelo, agobiados por el trabajo, con poco y escaso alimento, vegetaban para sus señores, sin recompensa, sin esperanza y sin otro porvenir que la muerte alcanzada en el campo de batalla o en el ara de un dios". (Orozco y Berra).

Según Icazbalceta, entre los aztecas, "la propiedad casi individual no existía"; para Andrés Molina Enríquez, los pueblos indígenas aun más avanzados tenían apenas algún concepto de la propiedad individual; porque el concepto de la propiedad individual no podía existir sino allí donde hay titulación escrita. (Mol. p. 27). ¿Cómo podía ésta haberse formado con una escritura jeroglífica que no era más que una representación figurativa, tosca y casi indescifrable de los objetos, consistente sólo en unas descarnadas fechas que normaban el culto, las fiestas religiosas y los cálculos del tiempo? (Leo. p. 56-7).

"La situación era insoportable, y universal el descontento. La mayor prueba de ello está en la facilidad con que Cortés encontró aliados apenas puso los pies en esta tierra. Cuando un pueblo se une a los extranjeros que vienen a derribar el gobierno, demuestra visiblemente que no puede sufrirlo ya, y pregonar la más terrible acusación contra los que han llevado el abuso del poder hasta el extremo de velar en el pueblo el sentimiento innato de independencia y patria. El odio contra el poder despótico, sanguinario e insaciable de los reyes mexicanos, no dejó ver a los otros pueblos, que sólo iban a cambiar de señor, o acaso les hizo preferir cualquier otro yugo al que pesaba entonces sobre ellos. Cortés asegura que la mayor amenaza que podía hacerse a los indios, era la de que los volverían a sus antiguos dueños, y que se usaba de ella para que sirviesen bien a los españoles. Así vemos que la heroica resistencia de los mexicanos cesa como por encanto con la captura de su rey. Faltó el poder que empujaba a la muerte, y los que por servil terror le obedecían dejaron caer unas armas que defendían la subsistencia de la opre-